

doso Mina de alejar cualquiera sospecha maniobró diestramente; y todavía le creían sus contrarios en el alto Aragon, cuando haciendo en un día una marcha de quince leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9 al quebrar del alba en las inmediaciones de Arlaban y pobló de Salinas, en donde formó con su gente un círculo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga. Cruchaga, segundo de Mina, contribuyó mucho á los preparativos, y opuso á la vanguardia de los contrarios al bravo y despues malaventurado comandante Don Francisco Ignacio Asura.

Era el convoy muy considerable; escoltábanle 2000 hombres, llevaba muchos prisioneros españoles, y caminaba con él á Francia Mr. Deslandes, secretario de gabinete del rey intruso, y portador de correspondencia importante. Al descubrir el convoy y tras la primera descarga, cerraron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga, y punzaronla ántes de que volviese de la primera sorpresa: duró el combate solo una hora, destrozados los enemigos y acosados de todos lados. 600 de ellos quedarón tendidos en el campo, 150 prisioneros; y se cogió rico botin y 2 banderas. Parte de la retaguardia pudo ciar precipitadamente protegida por los fuegos del castillo de Arlaban. Mr. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el subteniente Don Leon Mayo. Su esposa Doña Carlota Aranza fué respetada, con otras damas que allí iban. 5 ni-

Muerte de Mr. Deslandes, secretario de José.

ños, de quienes se ignoraban los padres, enviólos Mina á Vitoria, diciendo en su parte al gobierno: „Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi division „todos los sentimientos de compasion y cariño que „dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna „y suerte tan desventurada. . . . Los niños por su „candor tienen sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el „corazon guerrero de Cruchaga.” Expresiones que no pintan á los partidarios españoles tan hoscos y fieros como algunos han querido delinearlos.

Poco ántes el general Dorsenne (que aunque tenia sus cuarteles en Valladolid, hacia excursiones en Vizcaya y Navarra) combinándose con tropas de Aragon, y juntando en todo unos 20,000 hombres, penetró en el valle del Roncal, abrigo de enfermos y heridos, depósito de municiones de boca y guerra. Grande peligro estrechó entónces á Mina, que consiguió superar burlándose de los ardidés y maniobras del frances, y ejecutar en seguida la empresa relatada de Arlaban.

Tanto empeño en concluir del todo con Espoz, no solo lo motivaban los daños que de sus acometidas se seguian al enemigo, sino la resolucion cada vez mas clara de agregar á Francia la Navarra con las otras provincias de la izquierda del Ebro. Así se lo manifestó Dorsenne por este tiempo á las autoridades y cuerpos de Pamplona, entre los que varios replicaron oponiéndose con el mayor tesón.

Esta resistencia, y los acontecimientos que sobrevinieron en el norte de Europa, impidieron que aquella determinacion pasase á ejecucion abierta.

Despues de lo de Arlaban se trasladó Mina al reino de Aragon, y habiéndose introducido en el pueblo de Robres, se vió cercado al amanecer del 23 de abril, y casi cogido en la uisima casa donde moraba, y en cuya puerta se defendió con la tranca no teniendo por de pronto otra arma, hasta que acudió en auxilio suyo su asistente el bravo y fiel Luis, que llamando al mismo tiempo á otros compañeros, le sacó del trance, y lograron todos esquivar la vigilancia y presteza de los enemigos.

Así siguió Mina de un lado á otro, y no paró ántes de mediar mayo; en cuya sazón habiéndose dirigido á Guipúzcoa, ocurrió la desgracia de que al penetrar por la carretera de Tolosa, en el pueblo de Ormástegui, una bala de cañon arrebatase las dos manos al esforzado Don Gregorio Cruchaga, de cuya grave herida murió á poco tiempo. Tambien entónces en Santa Cruz de Campezu recibió Mina un balazo en el muslo derecho, por lo que estuvo privado de mandar hasta el inmediato agosto. Con esto respiraron los franceses algun trecho, necesario descanso á su mucha molestia.

Si admirá tanto guerrear, mas destructivo y enfadoso para los franceses, cuanto se asemejaba al de los pueblos primitivos en sus lides, igualmente eran de notar varios actos de la administracion de Mina. Estableció este cerca de su campo casi to-

Muerte de Cruchaga.

Medidas administrativas de Mina.

dos los cuerpos y autoridades que residian ántes en Pamplona, saltando de sitio en sitio al son de la guerra, pero desempeñando todos, no obstante, sus respectivos cargos con bastante regularidad, ya por la adhesion de los pueblos á la causa nacional, ya por el terror que infundia el solo nombre de Mina, cuya severidad frisaba á veces con cruel saña, si bien algo disculpable y forzosa en medio de los riesgos que le circuian, y de los lazos que los enemigos le armaban.

Cubria principalmente Espoz y Mina sus necesidades con los bienes que secuestraba á los reputados traidores, con las presas y botin tomado al enemigo, y con el producto de las aduanas fronterizas. Modo el último de sacar dinero, quizá nuevo en la económica de la guerra. Resultó de un convenio hecho con los mismos franceses, segun el cual nombrándose por cada parte interesada un comisionado, se recaudaban y distribuian entre ellos los derechos de entrada y salida. Amigos y enemigos ganaban en el trato, con la ventaja de dejar mas expedito el comercio.

La utilidad y buenas resultas en la guerra de este fuego lento y devorador de las partidas, reconociólo Lord Wellington, quien decia por aquel tiempo en uno de sus pliegos, escrito en su acostumbrado lenguaje verídico, severo y frio: „Las guerrillas obran muy activamente en todas las partes de „España, y han sido felices muchas de sus últimas „empresas contra el enemigo.”

Juicio de Wellington sobre las guerrillas.

[1. Ap. n. 3.]

Movimiento
de Wellington.

Dicho general proseguía con pausa en sacar ventaja de sus triunfos. Tomado que hubo á Ciudad-Rodrigo, destruidos los trabajos de sitio, reparadas las brechas y abastecida la plaza, pensó moverse hácia el Alentejo, y emprender el asedio de Badajoz. Ejecutáronse los preparativos con el mayor sigilo, queriendo el general ingles no despertar el cuidado de los mariscales Soult y Marmont. Dispuesto todo, empezaron á ponerse en marcha las divisiones anglo-portuguesas, dejando solo una con algunos caballos en el Agueda. Lord Wellington salió el 5 de marzo, y sentó ya el 11 en Yelves su cuartel general.

Ponen el
ingles sitio á
Badajoz.

En seguida mandó echar un puente de barcas sobre el Guadiana, una legua por bajo de Badajoz; y pasando el rio su tercera y cuarta division, embistieron estas la plaza, juntamente con la division ligera, el 16 del mismo marzo: agregóseles despues la quinta, que era la que habia quedado en Castilla. La primera, sexta y séptima con dos brigadas de caballería se adelantaron á los Santos, Zafra y Llerena, para contener cualquiera tentativa del mariscal Soult, al paso que el general Hill avanzó con su cuerpo desde los acantonamientos de Alburquerque á Mérida y Almendralejo, encargado de interponerse entre los mariscales Soult y Marmont, si, como era probable, trataban de unirse. Coadyuvó á este movimiento el quinto ejército español, cuyo cuartel general estaba en Valencia de Alcántara.

El gobernador frances Philippon no solo habia

reparado las obras de Badajoz, sino que las habia mejorado y aumentado algunas. Por lo mismo, pareció á los ingleses preferible emprender el ataque por el baluarte de la Trinidad, que estaba mas al descubierto y se hallaba mas defectuoso, batiéndole de léjos, y confiando para lo demas en el valor de las tropas. Dicho ataque podia ejecutarse desde la altura en que estaba el reducto de la Picuriña, para lo cual ménester era apoderarse de esta obra, y unirla con la primera paralela: operacion arriesgada, de cuyo éxito feliz dudó Lord Wellington.

Metiéndose el tiempo en agua desde el 20 al 25, creció tanto Guadiana, que se llevó el puente de barcas; á cuya desgracia añadióse tambien la de que el 19, haciendo los franceses una salida con 1500 infantes y 40 caballos, causaron confusion y destrozo en los trabajos. Con todo, los ingleses continuaron ocupándose en ellos con ahinco, y rompieron el fuego desde su primera paralela el 25 con 28 piezas en 6 baterías; 2 contra la Picuriña, y 4 para enfilear y destruir el frente atacado.

Al anochechar del mismo dia asaltaron los ingleses aquel fuerte, defendido por 250 hombres, y le tomaron. Establecidos aquí los sitiadores, abrieron á distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza la segunda paralela.

En esta se plantaron baterías de brecha para abrir una en la cara derecha del baluarte de la Trinidad, y otra en el flanco izquierdo del de Santa María, situado á la diestra del primero. Los enemigos ha-

bian preparado por este lado por donde corre el Rivillas, una inundacion que se extendia á doscientas varas del recinto, y cuya esclusa la cubria el rebellin de San Roque colocado á la derecha de aquel rio, y en frente de la cortina de la Trinidad y San Pedro, en la cual tambien se trató de aportillar una tercera brecha. Los ingleses, para inutilizar la mencionada esclusa quisieron asimismo apoderarse del rebellin, pero tropezaron con dificultades que no pudieron remover de golpe.

Prosiguió el sitiador sus trabajos hasta el 4 de abril, esforzándose el gobernador Philippon en impedir el progreso, y empleando para ello suma vigilancia, y todos los medios que le daba su valor y consumada experiencia.

Miéntas tanto viniendo sobre Extremadura el mariscal Soult, aunque no ayudado todavía, como deseaba, por el mariscal Marmont, preparóse Wellington á presentar batalla si se le acercaba, y resolvióse á asaltar cuanto ántes la plaza.

Ya entónces estaban practicables las brechas. Por tres puntos principalmente debia empezarse la acometida; por el castillo, por la cara del baluarte de la Trinidad, y por el flanco del de Santa María. Encargábase la primera á la tercera division del mando de Picton, y las otras dos á las divisiones regidas por el teniente coronel Barnard, y el general Colville. Doscientos hombres de la guardia de trinchera tuvieron la órden de atacar el rebellin de San Roque, y la quinta division al cargo de Leith,

la de llamar la atencion del enemigo desde Pardaleras al Guadiana, sirviéndose al propio tiempo de una de sus brigadas para escalar el baluarte de San Vicente y su cortina hácia el rio.

Dióse principio á la embestida el 6 de abril á las diez de la noche, y le dieron los ingleses con su habitual brio. Escalaron el castillo, y le entraron despues de tenaz resistencia. Enseñoreáronse tambien del rebellin de San Roque, y llegaron por el lado occidental hasta el foso de las brechas; mas se pararon, estrellándose contra la maña y ardor frances. Allí apiñados, desoyendo ya la voz de sus gefes, sin ir adelante ni atras, dejáronse acribillar largo rato con todo linage de armas y mortiferos instrumentos.

Apesadumbrado Lord Wellington de tal contra tiempo, iba á ordenar que se retirasen todos para aguardar al dia, cuando le detuvo en el mismo instante el saber que Picton era ya dueño del castillo, é igualmente que sucediera bien el ataque que habia dado una de las brigadas de la quinta division al mando de Walker: la cual, si bien á costa de mucha sangre, vacilaciones y fatiga, habia escalado el baluarte de San Vicente y extendídose lo largo del muro. Incidente feliz que amenazando por la espalda á los franceses de las brechas, los aterró, y animó á los ingleses á acometerlas de nuevo y apoderarse de ellas.

Lográronlo en efecto, y se rindió prisionera la guarnicion enemiga. El general Philippon con los

Asalto dado á la plaza.

Tómase los anglo-portugueses.

principales oficiales se recogió al fuerte de San Cristóbal y capituló en la mañana siguiente. Ascendía la guarnición francesa al principiar el sitio á unos 5,000 hombres. Perecieron en él mas de 800. Tuvieron los ingleses de pérdida, entre muertos y heridos, obra de 4,900 combatientes: menoscabo enorme, padecido especialmente en los asaltos de las brechas.

Los franceses desplegaron en este sitio suma bizarría y destreza: los ingleses sí lo primero, mas no lo último. Probólo el mal suceso que tuvieron en el asalto de las brechas, y su valor en el triunfo de la escalada. Así les acontecia comunmente en los asedios de plazas.

Maltratan á los vecinos

Trataron bien los ingleses á sus contrarios: malamente á los vecinos de Badajoz. Aguardaban estos con impaciencia á sus libertadores, y preparáronles regalos y refrescos, no para evitar su furia, como han afirmado ciertos historiadores británicos, pues aquella no era de esperar de amigos y aliados, sino para agasajarlos y complacerlos. Mas de cien habitantes de ambos sexos mataron allí los ingleses. Duró el pillage y destrozo toda la noche del 6 y el siguiente día. Fueron desafendidas las exhortaciones de los gages, y hasta Lord Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados que le impidieron entrar á la plaza á contener el desenfreno. Restablecióse el orden un día despues con tropas que de intento se trajeron de fuera.

Gracias concedidas.

Sin embargo, las córtes decretaron gracias al

ejército ingles, no queriendo que se confundiesen los excesos del soldado con las ventajas que proporcionaba la reconquista de Badajoz. Condecoró la regencia á Lord Wellington con la gran cruz de San Fernando. Pusieron los ingleses la plaza en manos del marques de Monsalud, general de la provincia de Extremadura.

El 8 de aquel abril se habia adelantado Soutl hasta Villafranca de los Barros, y retrocedió mal enojado luego que supo la rendicion de Badajoz; atacó el 11 á su caballería y la arrolló la inglesa.

Avanza Soutl y se retra.

Al propio tiempo el conde de Penne Villemur con un trozo del quinto ejército español se acercó á Sevilla por la derecha del Guadalquivir, y peleó con la guarnición francesa de aquella ciudad, y con la que habia en el convento de la Cartuja. Culposé á Ballesteros de no haberle ayudado á tiempo por la otra orilla del rio, y de ser causa de no arrojar de allí á los franceses. Retiróse Penne Villemur el 10 por orden de Wellington, habiendo contribuido su movimiento á acelerar la retirada de Soutl á Sevilla, despues de dejar este á Drouet apostado entre Fuente-Ovejuna y Guadalcanal.

Acércanse los españoles á Sevilla.

Luego que acudió al sitio de Badajoz, como ya indicamos, la quinta división británica, no quedaron mas tropas por el lado de Ciudad-Rodrigo que algunas partidas y la gente de D. Carlos de España junto con el regimiento ingles primero de húsares, bajo el mayor general Alten, encargado de permanecer allí hasta fines de marzo. Parecióle, pues,

Movimiento de Marmont hácia Ciudad Rodrigo.

al mariscal Marmont buena ocasion aquella de recuperar á Ciudad-Rodrigo ú Almeida, y de hacer una excursion en Portugal, mas atento á mirar por las cosas de su distrito, que á socorrer á Badajoz que se hallaba comprendido en el del mariscal Soult, trabajados continuamente estos generales con rivalidades y zelos. En aquel pensamiento partió Marmont de Salamanca asistido de 20,000 hombres, entre ellos 1200 de caballería. Intimó en vano la rendicion á Ciudad-Rodrigo, desde cuyo punto, no bien hubo apostado una division de bloqueo, se enderezó á Almeida, donde tampoco tuvo gran dicha. Muy estrechado se vió Don Carlos de España, colocado no léjos de Ciudad-Rodrigo, y á duras penas pudo unirse con milicias portuguesas que habian pisado las riberas del Coa. Por su parte el mayor general Alten se retiró, y le siguió á la Beira baja la vanguardia francesa que entró el 12 de abril en Castello-Branco, de donde volvió piés atras. Pero Marmont habiendo espantado á las milicias portuguesas y dispersádoles, se adelantó mas allá de la Guarda, y llegó el 15 á la Lagiosa. Mayores hubieran sido entónces los estragos, si noticioso el general frances de la toma de Badajoz, no hubiera comenzado el 16 su retirada, levantado en seguida el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, y replegándose en fin á Salamanca.

Wellington vuelve al Agueda.

Aguijóle tambien á ello el haberse puesto en movimiento Lord Wellington caminando al norte, despues que Soult tornó á Sevilla. El general in-

gles sentó en breve sus cuarteles en Fuente-Guinaldo, acantonando sus tropas entre el Agueda y el Coa.

Adelante Wellington en su plan de campaña, pero yendo poco á poco y con mesura, determinó embarazar y aun destruir las obras que aseguraban al enemigo el paso del Tajo en Extremadura, y por consiguiente sus comunicaciones con Castilla. Los franceses habian suplido en Almaraz el puente de piedra, ántes volado, con otro de barcas, y afirmádole en ambas orillas de Tajo con dos fuertes denominados Napoleon y Ragusa. A estas obras habian añadido otras, como lo era la reedificacion y fortaleza de un castillo antiguo situado en el puerto de Mirabete á una legua del puente, y único paso de carruages.

Encomendó Wellington la empresa al general Hill que regia como ántes el cuerpo aliado que maniobraba á la izquierda del Tajo. Le acompañó el marques de Alameda, individuo de la junta de Extremadura, de quien no ménos que del pueblo recibió Hill mucha ayuda y apoyo.

Al despuntar del alba atacaron los ingleses el 19 de mayo y tomaron por asalto el fuerte de Napoleon, colocado en la orilla izquierda; lo cual infundió tal terror en los enemigos, que abandonaron el de Ragusa, sito en la opuesta, huyendo la guarnicion en el mayor desórden hácia Naval moral. Cogieron los ingleses 250 prisioneros; arrasaron ambos fuertes; destruyeron el puente, y quemaron las

Destruye Hill las obras de los franceses en el Tajo.

demas obras, las oficinas y el maderage que encontraron. Libertóse el castillo de Mirabete por su posición que estorbaba se le tomase de sobresalto. Sacó la guarnición dos dias despues el general D'armagnac del ejército frances del centro, viniendo por la puente del Arzobispo. Otros auxilios que intentaron enviar Marmont y Soult llegaron tarde. Con el triunfo alcanzado quitóseles á los franceses la mejor comunicacion entre su ejército del medio dia y el que llamaban de Portugal.

Soult y
Ballesteros,

Por su lado el mariscal Soult de vuelta de Extremadura habia atendido á contener á Don Francisco Ballesteros; en particular despues que Penne Villemur se habia alejado de la márgen derecha del Guadalquivir. El Don Francisco desembocando del campo de Gibraltar para cooperar á los movimientos del último, habia hecho alto en Utrera el 4 de abril, sin pasar adelante; con lo cual se dió tiempo á la llegada de Soult de Extremadura, y á que Penne Villemur se viese obligado á retroceder á sus anteriores puestos. Ballesteros hubo de hacer otro tanto y replegarse via de la sierra de Ronda. Sin embargo, haciendo un movimiento rápido, tuvo la fortuna de escarmentar á los enemigos el 14 de abril en Osuna y Alora. En la primera ciudad se peleó en las calles, viéndose los franceses obligados á encerrarse en el fuerte que habian construido, picándoles de cerca, y avanzando hasta el segundo recinto el regimiento de Sigüenza á las órdenes de su valiente gefe Don Rafael Cevallos Escalera. Y

Choque
en Osuna y
Alora.

en Alora trabándose refriega con una division enemiga se le tomaron bagages, 2 cañones y algunos prisioneros. Lo mismo aconteció el 23 entre otra columna enemiga y la vanguardia española al cargo de Don Juan de la Cruz Mourgeon: la cual en una reñida lid, y hasta el punto de llegar á la bayoneta, arrolló á los contrarios, y les causó mucha pérdida y daño.

Tales excursiones, marchas y embestidas con lo que amagaba por Extremadura y Castilla, pusieron muy sobre aviso al mariscal Soult, quien temeroso de que Ballesteros fuese reforzado con nueva gente de desembarco, y dificultase las comunicaciones entre Sevilla y las tropas sitiadoras de Cádiz, trató de asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad, y como parage muy importante, á Bornos. Mandaba allí el general Conroux, teniendo bajo sus órdenes una division de 4,500 hombres. Salió entónces Ballesteros de Gibraltar, bajo cuyo cañon habia vuelto á guarecerse, y pensó en impedir los trabajos del enemigo y de tentar de nuevo la fortuna.

Así fué que avanzando vadeó el Guadalete el 1.º de junio, y acometió á los franceses en Bornos mismo. Embistieron valerosamente los primeros D. Juan de la Cruz Mourgeon y el príncipe de Angona con la vanguardia y tercera division. Fueron al principio felices, mas cuando la izquierda en donde mandaba D. José Aymerich y el marques de las Cuevas, cundió el desmayo á las demas tropas, y

Accion de
Bornos ó del
Guadalete.

creció con un movimiento rápido y general de los enemigos sobre los nuestros, y el avance de su caballería superior á la española, viniendo al trote y amagando nuestra retaguardia. Consiguieron, no obstante, las fuerzas de Ballesteros repasar el río, si bien algunos cuerpos con trabajo y á costa de sangre. Favoreció el repliegue D. Luis del Corral que gobernaba los ginetes, quien se portó con tino y denodadamente: tambien sobresalió allí por su serenidad y brio Don Pedro Tellez Giron, príncipe de Anglona, deteniendo á los franceses en el paso del Guadalete, ayudado de algunas tropas, y en especial del regimiento asturiano del Infiesto. Recordarse no ménos debe el esclarecido porte de D. Rafael Cevallos Escalera, ya mencionado honrosamente en otros lugares; quien mandando el batallon de granaderos del general, aunque herido en un muslo, siempre al frente de su cuerpo, menguado con bastantes pérdidas, avanzó de nuevo, recobró por sí mismo una pieza de artillería, sostúvola, y cuando vió cargaban muchos enemigos sobre el reducido número de su gente, no queriendo perder el cañon cogido, asíóse á una de las ruedas de la cureña, y defendióle gallardamente, hasta que cayó tendido de un balazo junto á su trofeo. Las cortes tributaron justos elogios á la memoria de Cevallos, y dispensaron premios á su aflagida familia. No prosiguieron los enemigos el alcance, siendo considerable su pérdida, mas la nuestra ascendió á 1500 hombres, muchos en verdad extraviados.

Seguro entre tanto Wellington de que los españoles á pesar de infortunios y descalabros distraerian á Soult por el mediodia, y de que avituallado Badajoz y guarnecida la Extremadura con el cuerpo del general Hill y el quinto ejército, quedaria toda aquella provincia bastantemente cubierta, resolvióse á marchar adelante por Castilla, y abrir una campaña importante, y tal vez decisiva. Animábase mucho lo que ocurría en el norte de Europa, y los sucesos que allí se anunciaban.

Conforme á lo que en el año pasado habia indicado en Cádiz Don Francisco de Zea Bermudez, disponíase la Rusia á sustentar guerra á muerte contra Napoleon. El desasosiego de este, su desapoderada ambicion, el anhelo por dominar á su antojo la Europa toda, eran la verdadera y fundamental causa de las desavenencias suscitadas entre las córtes de Paris y San Petersburgo. Mas los pretextos que Napoleon alegaba nacian: 1.º de un ukase del emperador de Rusia de 31 de diciembre de 1810, que destruía en parte el sistema continental adoptado por la Francia en perjuicio del comercio marítimo; 2.º una protesta de Alejandro contra la reunion que Bonaparte habia resuelto del Ducado de Oldemburgo; y 3.º los armamentos de Rusia. Figurábase el emperador frances que una batalla ganada en las márgenes del Niemen, amansaria aquella potencia y le daria á él lugar para redondear sus planes respecto de la Polonia y de la Alemania, y continuar sin obstáculo en adoptar otros nuevos, si

Guerra entre
Napoleon y la
Rusia